

## Ilya Ehrenburg

### MEMORIAS

*Memoirs*. 1921-1941. Cleveland and New York, *The World Publishing Company*, 1955, pp. 408-413. Traducción de Luis-Mario Schneider (edición española: Gentes, años, vida. Memorias, 1921-1941, Traducción de Josep Maria Güell. Barcelona, Planeta, 1986, pp. 239-245; y también Gente, años, vida (Memorias 1891-1967), traducción del ruso de Marta Rebón. Barcelona, Acantilado, 2014, pp. 1043-1051).

Iba yo a Barcelona a reunirme con la delegación de escritores soviéticos, y pensaba en la cercana batalla de Brunete. Koltsov me había dicho: «Tienes que concentrarte en el Congreso ahora, tú estás en el secretariado; en realidad, tú lo empezaste todo. Personalmente, estaré ocupadísimo con la delegación soviética». Estuve de acuerdo, pero, sin embargo, no pensé mucho en el Congreso. No estaba yo destinado a llegar a Barcelona. No muy lejos de Valencia, en un lugar de veraneo de la costa, avisté cierto número de delegados en un restaurante; comían sopa de pescado. V. P. Stavski se limpiaba la cara con la servilleta y se quejaba: «¡Hace un calor infernal! Y además, la sopa de pescado no se parece en nada a la nuestra».

A juzgar por los periódicos de la época, el Congreso era un éxito. Había, desde luego, menos nombres importantes que en el Congreso de 1935, pues no todo el mundo se sentía atraído por las bombas y granadas. Muchos escritores, al contestar a la invitación, habían dicho que el discutir problemas literarios bajo tales condiciones era pueril romanticismo inútil. La policía de varios países también creaba obstáculos: Franz Hellens, por ejemplo, quería venir, pero los belgas no le quisieron dar un pasaporte. Sin embargo, algunos escritores conocidos estuvieron presentes en España: Andersen Nexø, Alexis Tolstoi, Julien Benda, Antonio Machado, André Malraux, Ludwig Renn, André Chamson, Anna Seghers, Stephen Spender, Nicolás Gui-llén, Fadeev, Bergamín y otros.

Alguien llamó jocosamente al Congreso «un circo ambulante». Empezamos en Valencia el 4 de julio, dimos conferencias en Madrid, luego otra vez en Valencia y Barcelona, y quince días después terminamos en París. La composición de los delegados había cambiado: en Valencia, Álvarez del Vayo tomó parte (también en calidad de emigrado había asistido al Congreso de París de 1935), pero siendo ministro no nos pudo acompañar a otros sitios. Ludwig Renn estuvo presente sólo en Madrid; estaba al mando de un grupo militar y se quedó en el frente. En París escuchamos conferencias de Heinrich Mann, Louis Aragon, Langston Hughes, Pablo Neruda. Había, creo, una agenda, pero nadie le hacía caso. El carácter de los discursos cambiaba según las circunstancias.

En Madrid, bajo el bombardeo, el Congreso era más bien una reunión política, y los distintos delegados, en sus paseos por la ciudad, fingiendo bien, pero no acostumbrados a estar bajo fuego, parecían vip's –una delegación de parlamentarios ingleses o cuáqueros norteamericanos.

En Valencia, que era la sede del gobierno, todo era muy formal; nos dio la bien-venida el escritor Manuel Azaña, que era también presidente de la República española; hubo un banquete con brindis; hubo momentos en que parecía que no hubie-ra guerra y que estuviéramos en una función del pen club.

En Barcelona, Companys tomó asiento en el palco y Mikitenko habló del florecimiento de la cultura nacional en una sociedad socialista.

En París nos reunimos en el *Théâtre de la Porte Saint-Martin*, asistió mucha gente, hubo gritos de «¡Abajo la no intervención!». Pero ya no había ese sentimiento que había inspirado el Congreso de 1935. El Frente Popular se estaba deshaciendo. Muchos intelectuales izquierdistas, aunque gritaron con los otros «¡Abajo la no intervención!» mientras escuchaban los discursos sobre Madrid, sobre Guernica, pensaron para sí mismos: después de todo, qué bien que haya paz aquí. Múnich estaba ya en la lejanía.

Hubo muchos discursos. Me acuerdo de uno de José Bergamín, hombre muy delgado, de nariz grande y ojos oscuros y protectores. Tengo el periódico en que cité trozos de su discurso: «La palabra es frágil; los españoles llaman al diente de león, la flor cuya vida depende de un suspiro, 'la palabra humana'. La fragilidad de la palabra humana es indiscutible. La palabra no es sólo la materia prima con la cual trabajamos, es nuestro vínculo con el mundo. Es la afirmación de nuestra soledad y al mismo tiempo la negación de nuestro aislamiento. Decía Lope de Vega: 'La sangre grita la verdad en libros silenciosos'. La sangre grita en nuestro inmortal Don Quijote. Es una eterna afirmación de la vida contra la muerte. Es por eso que el pueblo español, fiel a los principios humanitarios, aceptó esta batalla». Ahora comprendo por qué las palabras de Bergamín me conmovieron tan profundamente: él había dado expresión a lo que yo ya había estado pensando vagamente al atravesar la Mancha.

Hubo también otros buenos discursos; si ya no me acuerdo de ellos no es culpa de los oradores. Durante mi vida he protestado con frecuencia contra el dicho de los antiguos romanos: «Entre armas, callan las Musas». No me gustó ni me gusta ahora la moraleja de esta máxima tal como suele interpretarse, esto es, que mientras azota la tormenta el poeta debe guardar silencio y esperar que pase. Pero ahora me pregunto si los romanos no le dieron otro sentido a estas palabras. Tenían una rica experiencia, con frecuencia emprendían guerras; tal vez habían notado simplemente que la voz del poeta no se oye en medio del estrépito de la batalla, aunque en aquellos días no había bombas atómicas ni fusiles siquiera. En el verano de 1937, en Madrid, no resonaron los discursos de los escritores. Lo que excitaba nuestra admiración era otra cosa. Los combatientes llegaban trayendo trofeos: los colores de un regimiento fascista que acababan de capturar durante la batalla de Brunete. Regler vino del hospital cojeando con ayuda de un palo; no podía hablar de pie y pidió permiso para permanecer sentado; el público se puso en pie en señal de respeto por la herida del soldado. Regler dijo: «No hay problemas de composición, sólo el de la lucha contra los fascistas». En ese momento todo el mundo sintió esto: los escritores y los soldados habían venido a traer sus saludos. Se dio una cálida bienvenida a los escritores que

habían tomado parte en el combate: Ludwig Renn, Malraux, el joven poeta español Aparicio y otros.

Los discursos de muchos escritores soviéticos sorprendieron y perturbaron a los españoles, que luego me dijeron: «Creímos que veinte años después de la revolución sus generales estaban con el pueblo. Pero parece que sucede lo mismo con ustedes que con nosotros». Traté de alentarlos, aunque yo también me hallaba bastante desorientado. Creo que Agnia Barto, que habló de los niños soviéticos, fue la única que no mencionó a Tukchakevski y Yakir; los otros, en voz alta, siguieron diciendo que algunos «enemigos del pueblo» habían sido liquidados y que otros correrían la misma suerte. Intenté preguntarles a nuestros delegados por qué había salido esto en un Congreso de Escritores y sobre todo en Madrid; no recibí respuesta. Koltsov gruñó: «Te lo merecías. No debes preguntar».

Los fascistas ridiculizaron el Congreso en sus transmisiones. Durante la noche, empero, mostraron cierto interés por él; empezaron a bombardear el centro de Madrid con todas sus fuerzas. La mayoría de los delegados lo aceptaron con calma, pero se asustaron algunos que venían de países tranquilos. Más tarde circularon anécdotas divertidas acerca de ellos, pero no puede negarse que el bombardeo fue intenso y que a veces uno se asusta en una guerra, especialmente cuando es novato.

El estruendo era terrible, era imposible dormir. Tuve una larga conversación con Julien Benda. Tenía él entonces setenta años, pero era muy activo; pasó el día paseando por la ciudad, visitando las posiciones avanzadas y, cuando comenzó el bombardeo por la noche, me dijo que nunca dormía mucho y que no prestaba atención a las explosiones. Del Congreso dijo que pensaba que habíamos hecho bien convocándolo en Madrid: «Ahora lo importante es mostrar que los hombres que aprecian la cultura están en la línea de combate». Criticó algunos discursos sonriendo un poco: «Tus amigos le dan demasiada importancia a André Gide. Nunca ha ocultado su desdén por el racionalismo, es consistentemente inconsistente. Ustedes creyeron en su valor como entidad social, lo convirtieron en apóstol y ahora lo anatematizan. Es gracioso, sobre todo aquí en Madrid. André Gide es un pajarito que ha hecho su nido en tierra de nadie; uno debe disparar, como disparan los fascistas, contra la batería enemiga».

El ataque a Brunete comenzó el seis de julio. Por la noche Vsevolod Vishnevski me llevó aparte: «Vamos a Brunete. Nos llevaremos a Stavski, quiere venir. Somos viejos soldados. Es justamente por lo que vine».

Vishnevski era un hombre extremadamente apasionado: de alguna forma recordaba a un buen anarquista español. Cuando empezaba a hablar nunca sabía adónde llegaría ni cómo acabaría. Era un orador de primera, y hablaba mejor que escribía; muchos leningradienses me dijeron que durante los años del bloqueo sus transmisiones eran muy alentadoras. A veces horrorizaba al público de esos años; la gente temía no sólo decir sino escuchar algo que no estuviera autorizado, pero Vishnevski, una vez tomaba bríos, se olvidaba de las consignas. En una ocasión, en casa de Tairov, se enojó conmigo y sacó su revólver, exactamente como Durruti. Aborrecía el Oeste, decía que era un marinero común y corriente, un hombre del pueblo, pero al mismo tiempo

admiraba a Joyce y a Picasso. Odiaba vehementemente a los fascistas y me ayudó en el momento del pacto soviético-alemán a publicar en *Znamya* (La bandera) la primera mitad de La caída de París.

Fui a ver a los españoles; me dijeron que el primer día todo había ido bien: Brunete había sido ocupado y en ese momento luchaban por Villanueva de la Cañada. Pero la situación era confusa, Brunete estaba casi en un callejón sin salida, los fascistas tal vez bloquearían la carretera; en todo caso, no sería buena idea llevar a los delegados allí, y sería mejor que fuesen al Jarama o a dar un vistazo a Carabanchel.

De regreso le dije a Vishnevski: «Nos prohíben terminantemente ir». Explotó: «¡Y yo que te tomaba por un hombre de agallas!». Esto me enojó: dije que yo mismo iba a Brunete, que tenía que informar a mi periódico de lo que sucedía allí; tenía coche; los españoles me habían pedido que no llevara a escritores que hubiesen venido al Congreso, pero si él insistía podía satisfacer su capricho; emprenderíamos el camino a las cinco de la mañana del día siguiente.

El calor era insoportable. Recuerdo con horror las noches en un cuarto totalmente oscuro. Me quedaba encerrado una hora, a veces dos, en una sofocante cabina telefónica dictando al periódico –«No te oigo, deletréamelo»– qué delegados habían hablado durante la reunión y qué pueblos habían sido ocupados por los republicanos.

Los cadáveres se quemaban rápidamente al sol, volviéndose oscuros, y Stavski pensó que todos los cadáveres eran enemigos –en este sector los falangistas tenían batallones moros.

Rumbo a Brunete nos encontramos con oficiales del batallón Edgar André, a quienes conocía; dijeron que el camino estaba bajo fuego intenso y que no debíamos seguir adelante. Respondí que era absolutamente necesario que llegáramos a Brunete. «Entonces no se demoren –dijeron–, porque los fascistas están preparándose para contraatacar».

Los fascistas habían sido expulsados súbitamente de Brunete y en las casas vimos mesas puestas, comidas sin terminar. En el edificio de la Falange yacían folletos dispersos, carteles y discursos de Goebbels, traducidos al castellano. Vishnevsky recogió trofeos: insignias fascistas, banderas, documentos sellados; me pidió que tradujera las inscripciones de las paredes; en realidad, nos demoramos. Rumbo a Villanueva, Stavski encontró un casco fascista, se lo puso en la cabeza e insistió en que lo fotografiara con Vishnevski.

Estábamos de regreso. Cerca de Villanueva el camino estaba sometido a un fuego intenso. Stavski gritó: «¡Tírense! Créanme, que soy veterano».

Vishnevski andaba a gatas, gritando estático: «¡Huy! ¡Ése sí llegó cerca! Los condenados están dando en el blanco».

Cuando llegamos a Madrid se pusieron a contarle a Fadeev qué maravilloso viaje habíamos tenido. Yo me marché a dictar mi reportaje al periódico.

Me amonestaron severamente por esta expedición. Un oficial nuestro (creo que fue Maximov) gritó: «¿Quién te dio derecho a poner en peligro la vida de nuestros escritores? ¡Qué vergüenza!». Le hice notar, con cierto embarazo, que yo también era escritor. Esto no lo apaciguó. «Ése es otro asunto. Tú y Koltsov vais en cumplimiento de vuestro deber. Pero tenemos órdenes de mantener

a salvo a los escritores». El tono de su voz cambió abruptamente: «Bueno, ¿qué te parece? Muy buen trabajo. Han ocupado el cementerio de Quijorna. Yo estuve allí hasta las seis; dormiré tres horas, más o menos, y luego volveré. Tengo que hablar con Grigorovich aquí... ¡Qué cabrones!, me acaban de hablar, están bombardeando».

El día anterior había escrito un discurso para el Congreso: ahora decidí no hablar y di mi papel al editor del Mundo Obrero. No había nada en mi discurso sobre André Gide, ni de nuestra aniquilación de los «enemigos del pueblo». Hacía poco tiempo me habían enviado un ejemplar del Mundo Obrero, del 8 de julio de 1937, que contenía mi artículo llamado «Un discurso sin pronunciar». Sobre él está el comunicado: «El pueblo de Quijorna está rodeado por nuestras tropas. La moral de nuestros hombres es excelente. Algunos que se han pasado a nuestro bando dicen que llegan más soldados enemigos para cortar nuestro avance».

Hay un pasaje en mi discurso que me parece muy cierto: «Hemos entrado en una época de acción. ¿Quién sabe si los libros que hemos planeado serán alguna vez escritos? Durante años, acaso durante décadas, el lugar de la cultura estará en el campo de batalla. Se puede poner a cubierto en un refugio donde la muerte tarde o temprano la alcanzará. O bien puede pasarse a la contraofensiva».

Años es insuficiente, «décadas» es una exageración: estábamos destinados, desde el día en que escribí estas líneas, a pasar otros ocho años en el campo de batalla.

Es difícil para un escritor renunciar a las «palabras frágiles», como dijo Bergamín: la literatura le absorbe en la primavera. Malraux había dejado ya de pelear; ya no había más aviones. Empezó a escribir su novela sobre la guerra española, *L'espoir*. Hubo un cese temporal en los frentes españoles. Ludwig Renn fue enviado a los Estados Unidos, Canadá y a Cuba para dar conferencias públicas sobre la guerra española. Regler hacía lo mismo en Sudamérica. Malraux reunía dinero en los Estados Unidos para los españoles. Koltsov regresó a Moscú en el otoño y comenzó su libro *Diario español*.

Aznar Soler, M. (Ed.). (2018). *Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (València-Madrid-Barcelona-París): Actas, discursos, memorias, testimonios, textos marginales y apéndices*. Ed. Alfons el Magnànim.